



ÓPERA / 'Lucia di Lammermoor'

'Belcanto' entre tinieblas

Lucia di Lammermoor

De Gaetano Donizetti. Intérpretes: Patrizia Ciofi, Josep Bros, Anthony Michaels-Moore, Giacomo Prestia, Vicente Ombuena, Mireia Pintó y Josep Fadó. Coro y Orquesta del Liceo. Director musical: Josep Caballé-Domènech. Director de escena: Robert Carsen. Reposición: Ulrich Senn. Escenografía y vestuario: Richard Hudson. Iluminación: Jürgen Hoffman. Producción de la Ópera de Zúrich. Teatro del Liceo. Barcelona, 11 de noviembre.

JAVIER PÉREZ SENZ

El principal reto de un director de escena es explicar bien una historia y, a ser posible, hacerlo sin aburrir al público. No lo consigue el canadiense Robert Carsen en el montaje de *Lucia di Lammermoor* que anteanoche se presentó en el Liceo, del que se ofrecen 18 funciones hasta el próximo 4 de diciembre. Aburrimiento, frialdad y grisura cabalgan juntas en una pretenciosa lectura psicológica de la célebre ópera de Donizetti que entierra la exaltación romántica con una pesada carga simbólica que, en lugar de clarificar la historia y las relaciones de los personajes, los complica innecesariamente.

Entender las claves

Nada aporta el cambio de época, que traslada la acción de la Escocia de finales del XVI, retratada con ardor romántico por Walter Scott, a la severidad de la época victoriana, en pleno desarrollo de la psicología. La idea, atractiva sobre el papel, es plasmar el universo mental de la frágil Lucia usando un lúgubre, claustrofóbico y desequilibrado espacio escénico, inspirado en elementos del Panteón romano, como espejo de las emociones y los anhelos de felicidad de la desgraciada heroína. Lo malo es que, para entender las claves psicológicas que maneja Carsen, hace falta un manual de instrucciones que permita vislumbrar las luces *belcantistas* entre tantas tinieblas escénicas: el cielo azul que ilumina la negrura escénica como represen-



Un momento de la representación de *Lucia di Lammermoor* en el Liceo. / TEJEDERAS

tación de su amor por Edgardo; la cruz que evoca la iglesia donde Lucia imagina que se está casando con su amado...

Hay detalles de fino olfato teatral, como la entrada de Lucia en la escena del contrato matrimonial con Arturo, y todo el final del acto II; sobra, en cambio, la violencia añadida al personaje de Enrico, que propina una sonora bofetada a Lucia que no viene a cuento. Tampoco iluminan las tinieblas de la historia las desafortunadas escenas de corte militar, con un coro que no sabe desfilar ni presentar armas. Al final, tanta coartada psicológica conduce a una escena de la locura manejada con tópicos recursos teatrales.

Mejor le fueron las cosas al joven director catalán Josep Caballé-Domènech en su primera ópera representada en el Liceo como responsable musical del montaje. Aún tiene que ganar aplomo a la hora de equilibrar planos, limar asperezas y dar con-

tinuidad al fluir dramático con mayor flexibilidad, pero luce ya soberbias cualidades: musicalidad, sentido teatral, instinto lírico y capacidad de dar relieve y protagonismo a la masa orquestal sin sepultar las voces. La orquesta respondió bien a sus órdenes, pero la masa coral alternó escenas ricas en matices con intervenciones en exceso gritonas.

El máximo triunfador de la velada fue Josep Bros en un papel que sienta como un guante a sus cualidades vocales: Edgardo. Valiente en el registro agudo, Bros volvió a cautivar al público con un fraseo exquisito, una extrema elegancia y un soberbio control de los mejores recursos belcantistas. A su lado, en su debut en el Liceo, la soprano Patrizia Ciofi cantó una Lucia de extraordinaria sensibilidad, pureza tímbrica y naturalidad. Sus escenas con Bros fueron una lección de estilo, refinamiento y buen gusto, y en la celeberrima escena

de la locura mantuvo el tipo sin sacrificar la expresividad. Su voz, de timbre mate, no es potente, pero en absoluto se justifican los abucheos que le dedicaron algunos espectadores. La pureza del *belcanto* en las voces de Ciofi y Bros fue, de lejos, lo mejor de la velada. Notable Giacomo Prestia como Raimondo, correcto Anthony Michaels-Moore en el papel de Enrico y todo un lujo Vicente Ombuena en el modesto papel de Arturo.

Carsen, que en su trayectoria liceísta ha dirigido notables montajes, ya pinchó en el coliseo lírico barcelonés con otra pretenciosa lectura psicológica de un clásico del repertorio, *Tosca*, que fue sonoramente abucheadada. En esta ocasión, los abucheos los recibió su ayudante, Ulrich Senn, director de la reposición de un montaje estrenado en la Ópera de Zúrich a principios de la década de 1990 al que no le ha sentado nada bien el paso del tiempo.